



MINISTRE
DEGLI
INFERMI
DI S.
CAMILLO

Mensaje inter-congregacional

RELIGIOSOS CAMILOS - HIJAS DE SAN CAMILLO – MINISTRAS DE LOS ENFERMOS

14 de Julio de 2015

*Fiesta litúrgica de San Camilo de Lelis
a 401 años de su muerte*

A las hermanas y a los hermanos ancianos y enfermos Envejecer con dignidad y elegancia: ¡Un imperativo ético y también una opción personal!

*Hijo, sé el apoyo de tu padre en su vejez
Y durante su vida no le causes disgusto.
Aunque se debilite su mente, sé indulgente con él.
No lo desprecies, tú estás en pleno vigor.
La ayuda prestada al padre no quedará en el olvido...
(Eclo. 3,12-14a)*

En este año dedicado a la VIDA CONSAGRADA, estamos llamados a “*mirar al pasado con gratitud, a vivir con pasión el presente, sirviendo como el Samaritano con compasión y a abrazar el futuro con esperanza*”. En este mensaje expresamos **nuestra gratitud** a los que han construido esta *heroica* historia de nuestra Orden y de nuestras Congregaciones religiosas –una historia carismática que ya cuenta con cuatro siglos y que está llamada a responder a los múltiples desafíos que nos esperan– para no olvidar a nuestras religiosas y religiosos ancianos y enfermos de hoy.

A diferencia de la cultura asiática en que la persona anciana aún es considerada culturalmente relevante y socialmente respetada como la memoria y la sabiduría encarnada de la sociedad/comunidad (cfr.: en Japón, el día dedicado a los ancianos se celebra como fiesta nacional), en nuestra cultura occidental, los ancianos no son sujetos de mucha consideración. El énfasis se pone siempre más en sus discapacidades y limitaciones, en los costos y los gastos necesarios para la asistencia en ámbito de políticas de salud pública, en el peso generado para el sistema de pensiones; siempre menos se insiste en su rica historia de vida, en la experiencia y la sabiduría humana de la cual son depositarios.

Subyace a esta visión reductiva de la persona humana, definida sólo por lo que "produce y no por lo que es", una gran cuestión: el envejecimiento representa una fase de la vida caracterizada por unas crisis existenciales en tres dimensiones:

- crisis de identidad (con la perdida de sí mismo),
- crisis de autonomía (con una creciente dependencia de los demás)
- crisis de pertenencia (erradicación de su propio ambiente hacia una casa de reposo).

Es necesario recuperar, a través de una actitud *resiliente*, el significado de esta *crisis* que marca profundamente el *ser anciano*, sobre todo en nuestra sociedad ya ahora definida como *civilización del desechable* y del *envejecimiento programado*.

Hasta hace poco tiempo se hablaba sencillamente de *vejez*. Hoy la literatura científica a propósito del envejecer distingue tres categorías de ancianos:

- los ancianos *jóvenes* de edad entre los 65 y 75 años;
- los ancianos propiamente así llamados de edad entre los 75 y 85 años;
- las personas muy ancianas, después de los 85 años; que en el próximo futuro, según los investigadores de esta área, aumentarán siempre más.

Al tiempo de san Camilo se hablaba mucho de *pobres y enfermos*, mientras la categoría de los *ancianos* no era casi mencionada en sus escritos. Seguramente también en aquel entonces había personas ancianas.

Hoy, sin embargo, junto con los pobres y los enfermos, tenemos también el gran empeño de cuidar a los ancianos, que necesitan de particular premura y atención, sobre todo si afectos de enfermedades crónicas degenerativas, como Alzheimer y/o Parkinson.

El envejecimiento de la población es un fenómeno muy reciente en la historia humana. En las Naciones desarrolladas el número de los hospitales pediátricos ha disminuido de modo significativo y en muchos casos hasta casi han desaparecido, pero al mismo tiempo las Clínicas e/o Casas de Reposo para ancianos se multiplican, llegando a una real forma de *business* que rinde en el panorama del mundo de la salud.

¡Hoy vivimos en una sociedad llamada "*post-moderna*", se habla de civilización "*post-industrial*", "*post-cristiana*" y también "*post-humana*"! Así es. El "*post-humanismo*" es un movimiento ideológico que, anunciando la proscripción de la muerte para la vida del ser humano – la muerte es considerada junto con el envejecimiento como una *enfermedad* para la cual hay que encontrar un remedio y no como una dimensión de nuestra existencia – nos ofrece el "*don de la inmortalidad*" en esta tierra.

La sociedad *post-moderna* no ha logrado todavía hacer que se respeten y se apliquen los derechos fundamentales del ser humano, proclamados por el ONU en 1948, al terminar la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), derechos que garantizan la posibilidad de vivir con dignidad (libertad de pensamiento y de conciencia, educación, salud, vivienda, trabajo, etc.): y ahora ya estamos en esta visión antropológica según la cual el ser humano es algo que debe ser superado y sobre pasado. Naturalmente, nos encontramos frente a una ideología, que, así como ha buscado negar nuestra finitud, ahora busca también negar nuestra condición humana. ¡La edad no puede ser vista como un proceso patológico o, peor aún, como un trágico destino respeto del cual no podemos intervenir si no aceptándolo pasivamente!

Es necesario descubrir cómo podemos envejecer con gracia, sabiduría, serenidad y elegancia estética. Este es el horizonte de nuestra reflexión que proponemos en este mensaje.

¡Vivir con gusto la dignidad de nuestro "Domingo de la Vida"!

El tiempo de la vida, vivid como *krónos (tiempo)*, hoy está muy bien documentado por el conocimiento científico de la geriatría y de la gerontología. Pero está documentado sobre todo el camino de oscuridad y de sombras, que el *krónos* determina: cambios y drástica pérdida de energía, de fuerza, de habilidad, de lucidez y voluntad y de conciencia de nuestra finitud. Acoger, más bien, el tiempo de vida, como *kairós (gracia)*, como un camino de luz, mientras se vive en el *krónos*, es una opción para un envejecimiento digno y en buena salud.

Los ancianos no pueden vivir pasivamente sólo según el estilo del *krónos* que mira al futuro envejecimiento como a un destino implacable, con la reducción de las fuerzas, de la energía, de la lucidez y con la dependencia creciente de los demás. El anciano necesita desarrollarse de modo creativo. Está pasando por una etapa de vida plena de sabiduría existencial y puede todavía contribuir activamente a la vida de la comunidad y de la sociedad. Envejecer con dignidad y elegancia significa vivir una opción, un desafío, un objetivo y una verdadera misión que empieza por nosotros mismos, antes de anunciarlo a los demás.

Queremos citar a *Aloisio Lorscheider* (religioso franciscano), cardenal brasílero, que unos meses antes de su muerte (23/12/2007), al cumplir sus 83 años de vida, presentaba su reflexión con el tema "*Envejecer con sabiduría*" a los religiosos franciscanos ancianos, en el mismo convento donde se había retirado en silencio en los últimos años. Ha compartido su experiencia personal y ha hablado de la vejez como "*el domingo de la vida*"

Linda imagen, la que usaba el pastor que conoce sus ovejas y reconoce que en el *Domingo* el ser, el socializar, el celebrar y el jugar, adquieren la prioridad sobre el trabajo, el hacer, las cosas y el estrés de todos los días.

Es necesario meditar sobre el mensaje de este "viejo sabio y respetable" que nos narra su experiencia personal como anciano.

1. *Poner atención en no perder nuestra identidad.* Somos personas dignas y seguimos siéndolo también cuando envejecemos. Envejecer no es una fatalidad del destino: nosotros podemos escoger como envejecer sin renunciar a nuestras capacidades y a los dones de ser y de actuar. El ideal es que – en el momento de dejar este mundo (morir) – la muerte nos encuentre todavía plenamente vivos y no vivir sólo en espera de la muerte, cediendo pasivamente al aburrimiento y al pesimismo. Es necesario *gozar* cada instante, sacándole todo el jugo a la vida.
2. *Tiempo de contemplación.* La vejez puede llegar a ser también el tiempo de la contemplación y del encanto. Experimentamos en nosotros muchos eventos, situaciones y encuentros durante toda nuestra vida; también experiencias tristes. Es necesario contemplar, de modo especial, la realidad y la verdad de nuestra fe. Si lo hacemos, el tiempo nos parecerá breve, porque hay en nosotros muchas cosas que profundizar contemplativamente dentro de nosotros.
3. *Tiempo de silencio.* La vejez también es el tiempo del silencio. Santa Teresa de Ávila ha siempre insistido sobre el recogimiento y sobre todo en el *silencio interior*. Cuando

éramos más jóvenes, por naturaleza y por la edad, éramos más inquietos y ruidosos. Luego más adelante en los años, se llega a ser más calmados y reflexivos. Ahora preferimos lugares más silenciosos, alejados del ruido infernal de la ciudad, del tráfico y de las fábricas. La escucha de la música puede ser una conquista importante.

4. *Tiempo de despojo y de desapego.* Poco a poco nos desapegamos de muchas vanidades, superficialidad, rencores, lamentos y sufrimientos. Es el tiempo de nuestra *Kénosis* personal, del perdón y de la capacidad de vivir en paz. Con el pasar de los años, corremos el peligro de ser como bloques de granito, duro, impermeable e inmutable. Consideramos que no tenemos nada que aprender de los jóvenes y nos encerramos en nosotros mismos. ¿Cómo son nuestras ideas, nuestros gustos y las personas amigas? Debemos transformar el bloque de granito en un bloque de cristal.
5. *Tiempo de oración.* La oración es la misión especial de los ancianos. Disponemos de más tiempo. Si no oramos, nuestra vejez pierde mucho de su significado. La vejez es un momento especial para cultivar más intensamente la dimensión espiritual. Y está bien rejuvenecerse en nuestra oración. La oración rejuvenece el corazón. San Pablo nos recuerda que «*aunque nuestra condición física se vaya deteriorando, nuestro ser interior se renueva de día en día*» (2Cor 4,16). La oración es también un medio para salir de la soledad, que es la amenaza más grande de nuestra época. La oración nos permite reencontrarnos con los demás y con Dios, refuerza nuestro sentido de pertenencia. ¡Es una fuerza misteriosa, pero actúa!
6. *Tiempo de dominio de nosotros mismos.* ¿Cómo nos comportamos? ¿Cómo ancianos y ancianas impacientes, egoístas, murmuradores, o cómo ancianos y ancianas con corazón paciente, tolerante y desapegado? Es necesario crear en nosotros una nueva mirada de mayor serenidad en relación con la vida vivida. Controlar los momentos de irritación para cultivar el gozo de tener todavía vida y poder aún contribuir con algo significativo.
7. *Tiempo para cultivar y testimoniar gratitud.* ¡Sólo los que cultivan la humildad y abrazan su propia condición humana de vulnerabilidad son capaces de agradecer! Los orgullosos y los autosuficientes, convencidos de que se bastan a sí mismos, no sienten la necesidad de Dios. Seamos agradecidos con Dios por las muchas y maravillosas oportunidades de crecimiento que nos ha dado a lo largo de toda la vida. ¡Y más que al lamento somos desafiados a cultivar una actitud de *aprecio a la vida*! Estamos invitados a expresar nuestra gratitud a Dios por tantas personas que nos han ayudado a lo largo de nuestra vida.

Vivir el envejecimiento como don y testimonio en la comunidad

El testimonio de la fidelidad a la vocación

La fidelidad a la vocación camiliana es indudablemente el más importante y elocuente testimonio de su valor. Nuestra fidelidad narra una rica historia de entrega, de donación, de desafíos, de gozos y dificultades vividas en Cristo con el objetivo de permanecer fieles a Él y a la humanidad necesitada y sufriente. Las religiosas y los religiosos ancianos pueden repetir con el Apóstol: “*¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿El sufrimiento, la angustia, la persecución, el hambre, el peligro, la espada? Pero en todas estas cosas vencemos fácilmente en virtud de Aquel que nos ha amado*” (Rm 8, 35-39). La fidelidad a la vocación es testimonio eficaz para la Iglesia y para el mundo: Es *perfume agradable al Señor, ofrecido a Él en sacrificio*

(cfr. Ex 29,18 Fil 4,18). Las jóvenes vocaciones de hoy necesitan este testimonio de fidelidad que les anima en el camino y les ayuda a no extraviararse en las dificultades.

Recordemos estas palabras de Juan Pablo II: *"El espíritu humano, por lo demás, aun participando del envejecimiento del cuerpo, en un cierto sentido permanece siempre joven si vive orientado hacia lo eterno. Aunque es verdad que a nivel físico los ancianos tienen generalmente necesidad de ayuda, también es verdad que, en su avanzada edad, pueden ofrecer apoyo a los jóvenes que en su recorrido se asoman al horizonte de la existencia"* (Juan Pablo II, Carta a los ancianos n. 12)

El testimonio de la alegría

La verdadera alegría tiene su raíz en Cristo y en su Resurrección. Las religiosas y los religiosos ancianos pueden repetir: *"...nosotros hemos creído en el amor que Dios nos tiene"* (1Jn 4,16). Es la alegría existencial de quién, en la vida, ha buscado la voluntad de Dios y su mayor gloria. Es la alegría de quién *"ha combatido el buen combate"* (2 Tim 4,7) y ha sido fiel a pesar de las pruebas y dificultades. Es la alegría de quién ha adherido al proyecto de Dios en su propia vida y puede esperar con regocijo *"la corona de la gloria"* en la eternidad. El gozo pascual debe ser visible en los rostros de las religiosas y de los religiosos y debe irradiar la comunidad y el mundo que los rodea. Es éste, un fuerte anuncio vocacional que atrae y conquista a los jóvenes de hoy.

Vivir el conformarse a Cristo en la ancianidad y en la enfermedad

La ancianidad está con frecuencia unida a la enfermedad. El tiempo de la enfermedad no es el tiempo separado de la expresión carismática, más bien es el tiempo privilegiado para vivir el carisma en su plenitud. En relación con las penas y enfermedades que a veces acompañan la edad avanzada, San Juan Pablo II, dirigiéndose a los ancianos, manifestaba: *"En las pruebas de la vejez está su itinerario de dolor, y ustedes acompañen a Cristo en su camino hacia la cruz. Ustedes no lloren solos y no derramen en vano lagrima alguna (cf. Sal 56,9). Por medio del dolor Él ha redimido el dolor, y por medio del dolor ustedes colaboran a Su obra redentora (cf. Col, 24). Acojan sus sufrimientos como un abrazo de Jesús y transfórmelos en bendición...."* (Juan Pablo II, *Juan Pablo II y los ancianos*, a cura de Baracco L., Collana "Servizio dell' unità" LDC. N.32 Turín 1982 n. 4).

La paciente aceptación, en Cristo, de la propia condición de enfermedad y sufrimiento enriquece el patrimonio espiritual de la Iglesia y del Instituto Religioso. Es este un testimonio precioso que la Iglesia y los Institutos siempre necesitan.

Las religiosas y los religiosos que viven la propia ancianidad y enfermedad en adhesión a la voluntad salvífica del Señor, no están al margen de la misión del Instituto, sino que participan de ella y de su dinamismo apostólico; más aún *"se ubican en el corazón de la misma misión carismática"*, y participan en ella de forma nueva y eficaz (La Vida Fraterna en Comunidad n. 68)

Es este el tesoro más grande que las religiosas y los religiosos ancianos y enfermos pueden ofrecer a la humanidad. ¡De este tesoro de la redención brotan continuamente, en la Iglesia, en nuestros Institutos y en la sociedad: gracia, salvación, consolación y esperanza!

Vivir con las hermanas y hermanos ancianos y enfermos

La necesidad de prepararnos para un sano envejecimiento

Somos seres humanos y no ángeles, y es propio de esta condición humana, frágil y vulnerable, que llegue el día en que seamos tocados por la gracia divina, de modo misterioso. Hemos sido escogidos, instruidos y enviados al mundo como camilos y camilas para ser y anunciar una *buena noticia* (Evangelio). Hoy nos enfrentamos al desafío de restablecer relaciones de solidaridad inter-generacional, frente a una ideología que segregá e aísla y fácilmente descarta a los ancianos.

Nuestro estimado P. Calisto Vendrame –quien fuera Superior General de los religiosos camilos– en un escrito dirigido, hace 33 años, a los religiosos camilos ancianos, ya nos advertía que no han necesidad alguna de separar a nuestros ancianos. Su presencia en nuestras comunidades, cuando su experiencia se une a la sabiduría, es una verdadera bendición. Saber escuchar y dialogar, para descubrir y satisfacer las verdaderas necesidades del anciano, de las que, con frecuencia, ni siquiera el anciano es plenamente consciente.

Otro aspecto importante «*es aquel de ayudar a los ancianos a vivir su vida en todas sus dimensiones, sin substituirlos*» (cfr.: CIC, n. 147, año XII, 20 abril, 1982, p. 155-158).

Dicho de otro modo, ayudar es respetar el rol de los ancianos, su autonomía, incluso cuando sea reducida, sin ser paternalistas o asumir actitudes infantilizadoras.

«Algunas personas ancianas llegan a ser antipáticas sin necesidad, de buena fe ("aunque no siempre sea una "buena fe"), porque se sienten obligadas en conciencia a ver, corregir, y tal vez a censurar y, algunas veces también a denunciar. Querría, si fuera posible, ahorrar estos sufrimientos, para ellos y para la comunidad, dispensándoles de esta obligación. Cuando somos ancianos, si no tenemos la responsabilidad de Superior (que es el padre de la comunidad), seremos todos mucho más amados si sabemos comportarnos como "abuelos", más que como "padres". El libro del Eclesiástico ya lo aconsejaba hace más de 2.000 años: "Habla, anciano, pues a ti te corresponde, pero con discreción, sin interrumpir la música" (Eclo 32,3).»

Padre Calisto nos decía además:

- «*Me parece importante para nuestro ser religiosos, saber envejecer con sabiduría y serenidad, y prepararnos con tiempo para superar la barrera de la edad sin traumas. Sabiendo resistir a las dos tentaciones de los que envejecen:*
- *la de no aceptar la realidad y de no dejar a otros las tareas que no podemos llevar adelante con el ritmo que corresponde,*
 - *y la opuesta tentación de perder la confianza en la propia fuerza, aunque sea reducida, y abandonarlo todo.*

El secreto está en saber dejar algunas actividades y asumir otras más adecuadas a las propias fuerzas, sin perder nunca el interés por la vida».

- «*Si pudiera dar un consejo a mis religiosos más jóvenes diría: estén llenos de comprensión y amor hacia nuestros ancianos que con gran sacrificio han abierto los caminos sobre los cuales hoy viajamos tranquilos. Se han sacrificados de modo que nosotros pudiéramos hoy tener aquello que nunca hubiéramos podido tener. Tienen necesidad de nuestro reconocimiento y de nuestro cariño. Abran los ojos para ver lo que ellos necesitan, desde el momento que "un anciano amado, es un invierno lleno de flores".*
- «*A mis religiosos más ancianos y enfermos, les digo: tenemos necesidad de su sabiduría, ejemplo, oración y cariño. Su presencia en la comunidad es preciosa, no sólo porque nos da la alegría de servirlos, como al mismo Cristo y en todo caso restituirles cuanto han hecho por nosotros, sino también para reconocer que sin de ustedes, la comunidad se sentiría algo*

huérfana y podría olvidar unas dimensiones de una realidad que debemos tomar en consideración, de modo que nuestra vida sea más real».

- «*Sabemos también que podemos vivir las "noches del espíritu", pues Dios no es fácil para nadie, aunque El es el Amor, y más precisamente, por el hecho de que EL es "Amor". Al verlos afrontar serenamente el proceso del envejecimiento, al verlos vivir no sólo de recuerdos, sino también de sueños y de proyectos, nos sentimos más serenos y animados también nosotros, que viajamos sobre los mismos caminos: podemos mirar al futuro con esperanza».*

Aquí se indica el camino a seguir, la construcción de un horizonte de esperanza. A nuestros ancianos y enfermos manifestamos nuestra atención y cuidados, el respeto y la gratitud. Nuestros jóvenes y adultos –ancianos y ancianas del día de mañana– tienen ante sí una misión y una opción existencial y nadie puede sustituirlos en esta responsabilidad.

Por eso nos hacemos estas preguntas:

- ¿Cómo estamos envejeciendo?
- ¿Estamos cuidando al *anciano* que silenciosamente está creciendo dentro de nosotros?
- ¿Qué tipo de personas ancianas seremos en el futuro y cómo estamos gestionando nuestro mundo interior? Hay quién vive sólo de recuerdos, proclamando y pregonando los "*salmos de las lamentaciones de la vita*": ¿hay alguno que todavía sea capaz de soñar, de hacer proyectos y de vivir con gratitud?

Que San Camilo, los santos Mártires de la caridad, los beatos Enrique Rebuschini, Luis Tezza, y las beatas Josefina Vanini y María Dominica Brun Barbantini, que nos han precedido en el cielo, nos protejan y que los abuelos de Jesús – Ana y Joaquín – nos inspiren el estilo para afrontar los momentos de sufrimiento de la vida con serenidad evangélica para envejecer con sapiencia y elegancia.

p. Leocir Pessini, MI – Superior general de los Religiosos Camilos

p. Laurent Zoungrana (*Vicario general*), hno. José Ignacio Santaolalla, p. Aris Miranda, p. Gianfranco Lunardon

Madre Zelia Andriguetti – Superiora general de las Hijas de San Camilo

hna. Rosanna Priore (*Vicaria general*), hna. Lancy Ezuparayil, hna. Flor Barreda Correa, hna. Sabina Zida

Madre Lauretta Ganesin – Superiora general de la Ministras de los Enfermos de San Camilo

hna. Riccarda Lazzari (*Vicaria general*), hna. Sonia Freitas, hna. Liberty Elarmo, hna. Rebecca Adhiambo